

AC 08 80

Hola, buenas noches, comenzamos hoy de nuevo nuestra programación habitual, después de este paréntesis navideño en el que les hemos ofrecido una programación especial de Navidad. Comenzaremos hoy, como siempre, acompañándoles en el curso de acceso. Como ya saben, nos pueden sintonizar en toda España a través de Radio 3, frecuencia modulada de Radio Nacional de España, y como en el curso anterior, en la frecuencia 1359 de la Onda Media, también de Radio Nacional de España.

Estos programas esperamos que les sirvan de ayuda y orientación en el estudio, y para ello recomendamos su grabación. De esta manera les será de fácil consulta cómo y cuándo la necesiten. Esta noche, en introducción a la historia del mundo contemporáneo, vamos a hablar de nacionalismo e imperialismo.

En este tema se desarrollarán el surgimiento y evolución de estas dos ideas y prácticas políticas, el nacionalismo y el imperialismo, ideas aparentemente contrarias pero con múltiples contactos entre sí, ya en su puesta en práctica en la Europa del siglo XIX y de entreguerras, ya como consecuencia del proceso de descolonización de mediados del siglo XX. Nos acompaña para hablarnos de este tema el profesor Isidro Sepúlveda. Buenas noches.

Buenas noches Isabel. Efectivamente vamos a hablar esta noche del nacionalismo e imperialismo. Durante el siglo XIX se desarrollan en Europa unas corrientes de pensamiento político que, aun siendo aparentemente contrarias, acabaron siendo puestos en práctica por los mismos agentes políticos.

El nacionalismo se identificó como la conformación de estados basados en la realidad territorial de comunidades con similares rasgos culturales. Por su parte, el imperialismo fue la culminación del proceso expansivo europeo iniciado en el siglo XV por Portugal y Castilla, proceso mediante el cual el occidente europeo dominó y explotó por múltiples mecanismos la práctica totalidad del planeta. La importancia de los conceptos nacionalismo e imperialismo desborda el mero interés histórico.

No son pensamientos y prácticas políticos de tiempos pretéritos, sino que su vigencia llega hasta el presente. Transformados en algunas de sus manifestaciones y sus objetivos, la esencia misma de los nacionalismos permanece invariable y las connotaciones imperialistas de las principales potencias mundiales se manifiestan a diario en las relaciones internacionales y, más concretamente, en el ámbito económico-comercial de las grandes multinacionales. Expuesta su importancia, pasemos a examinar cada uno de estos conceptos, su plasmación política y la evolución que ha sufrido a lo largo del tiempo.

Comencemos con el nacionalismo. El pensamiento ilustrado y la revolución francesa son tenidos como la época y el escenario del surgimiento del nacionalismo como movimiento social y corriente ideológica. Locke, Hobbes, Sietz y Rousseau fueron sus principales pensadores.

Este inicial nacionalismo sostiene el principio de soberanía nacional, la nación como consecuencia de un contrato social por el que la sociedad civil, poseedora de la soberanía, hace depositaria de ésta al estado, que resulta así ser la institucionalización de la nación. Este planteamiento hace surgir la nación de un acto de voluntad política y libre determinación de la sociedad y de cada uno de los individuos que la componen, que por ello alcanzan la categoría de ciudadanos. Surgido como superación del localismo feudal y contra una identificación de la soberanía del estado con la gracia divina de los reyes, este nacionalismo de fines del siglo XVIII y primer tercio del XIX fue generalmente asociado a los principios y valores de la democracia y el liberalismo, siendo por tanto utilizado en la lucha contra el imperio napoleónico y en buena parte de las revoluciones de las décadas de 1820 y 1830.

Por estas fechas surgió en el fragmentado imperio germánico una nueva identificación de la nación como ente en sí mismo independiente de la intencionalidad de sus componentes. Este nacionalismo germánico, imbuido del romanticismo e historicismo de la época, contrapone al principio ilustrado de la soberanía nacional el del espíritu del pueblo, que alienta de vida propia la nación, entendida como entidad autónoma, con un destino propio y por tanto necesariamente distinto al resto de las naciones. El nacionalismo germánico de mediados de siglo aportó a la ideología nacionalista importantes elementos identificadores.

El particularismo o hecho diferencial, el idioma como arca telúrica del espíritu, la historia como prueba y testimonio de la existencia secular de la nación, la cultura impregnada de las más altas cimas del pensamiento y la creación nacional a la vez que reunión de las costumbres y el folclore propio, la religión motivo de identificación contraria respecto al exterior y en su extremo más forzado la raza o la elevación del particularismo de la nación a la categoría biológica. Con esta nueva interpretación el nacionalismo que hasta la oleada revolucionaria de 1848 había estado unido al liberalismo y a la democracia, se fue impregnando de los valores de la tradición, al tiempo que buscaba en la monarquía la plasmación política de su unidad de destino histórico y en el ejército el brazo ejecutor de la voluntad nacional. Los dos casos más paradigmáticos de esta nueva interpretación del nacionalismo fueron los utilizados en las unificaciones de Alemania e Italia que los alumnos pueden encontrar desarrollados en el manual.

El triunfo del nacionalismo en la construcción de las nuevas Italia y Alemania hizo que a partir de 1880 y hasta la primera guerra mundial tanto el concepto de nación como la práctica política a ella vinculada variarían hasta conformar lo que puede denominarse segunda fase del nacionalismo. Se pueden señalar cuatro características principales de esta segunda fase. La primera, la priorización del criterio étnico-lingüístico para definir la nación, la aspiración de construir en cada nación un estado, es decir, la reivindicación del derecho de autodeterminación, el redescubrimiento de la cultura popular y el derecho tradicional y por último el desplazamiento hacia la derecha política del movimiento nacionalista.

Los 40 años anteriores a la guerra mundial fueron escenario de una gigantesca oleada nacionalista basada en todas o algunas de las características anteriores. Lo más importante de

esta eclosión nacionalista era que no sólo se dio en el interior de los grandes imperios, astrohúngaro u otomano, sino también en prácticamente todos los estados-naciones europeos con siglos de vida donde la cuestión nacional pasó a ocupar un lugar importante en la política entera. Por este motivo fue en ese momento cuando surgió el término nacionalismo para denominar este movimiento reivindicativo.

En el Reino Unido la cuestión nacional no se limitó a Irlanda sino también a Gales y Escocia. En Suecia la evolución nacionalista acabó con la secesión de Noruega en 1907 e igual intensidad aunque sin los mismos resultados alcanzó el nacionalismo en Francia y España e incluso en las nuevas naciones Italia y Alemania donde movimientos conservadores abrazaron la bandera nacionalista con fórmulas xenófobas que tuvieron su plasmación aunque no única en el antisemitismo. Los movimientos nacionalistas surgieron en regiones hasta ese momento ajenas a toda identidad nacional al tiempo que su marco de aplicación desbordaba el espacio occidental y como consecuencia de la ola colonialista los movimientos antiimperialistas en las respectivas colonias utilizaron argumentos del nacionalismo europeo.

Si se toma exclusivamente el marco europeo en vísperas de la primera guerra mundial existían movimientos nacionalistas que sólo estaban esbozados o no existían en absoluto en 1880. Los pueblos bálticos especialmente finlandeses y lituanos, armenios, georgianos, albaneses, macedonios, croatas, galeses, escoceses, flamencos, corsos y en España vascos y catalanes. Al finalizar la guerra mundial triunfó el decimonónico principio de nacionalidad propiciado por el presidente estadounidense Wilson.

Las razones para este triunfo fueron el derrumbamiento de los imperios centrales, la revolución soviética y la conformación de la nación burguesa entendida como economía nacional. Nunca como entonces se llevó a cabo un rediseño de las fronteras territoriales respondiendo a identificaciones nacionalistas. El resultado de esta política estuvo lejos de lo esperado aunque sus peores fallos no se percibieron hasta las vísperas de la segunda guerra mundial en parte motivada por el intento de redefinición de esta práctica.

Los nuevos estados nacionales resultaron ser casi tan multiculturales y pluriétnicos como los anteriores imperios, agravándose la situación de los ciudadanos ajenos a los rasgos étnico-lingüísticos del nuevo estado que comenzaron a ser llamados minorías. La consecuencia más dramática de este intento de crear estados sobre entidades nacionales exclusivas fue la deportación, la expulsión o el aniquilamiento de millones de personas, prácticas presentes en todos los nuevos estados incluida Alemania antes y después de la segunda guerra mundial. La aplicación del principio wilsoniano produjo tres efectos significativos y contrarios al pensamiento nacionalista decimonónico.

El primero fue la intransigencia de los gobiernos de los nuevos estados con independencia de su amplitud geográfica y el volumen de minorías que encerraban. Los dirigentes de los estados identificados con naciones pusieron en práctica políticas de silenciación de otras comunidades culturales en un grado superior al empleado por los anteriores gobiernos imperiales. El

segundo efecto fue la aparición de importantes resistencias a la incorporación de regiones enteras a los nuevos estados.

Así ocurrió con los seis condados de luster que no se identificaron como irlandeses o los esnovenos que prefirieron su unión a Austria que a la nueva Yugoslavia y así también lo pusieron de manifiesto los resultados de los referéndums celebrados después de 1918 en varios estados centroeuropeos. El tercer efecto destacado estrechamente vinculado al anterior fue la aparición de fuertes diferencias entre la idea del estado-nación de la clase dirigente y la auto identificación del pueblo interesado como la negación croata de su pertenencia a Yugoslavia o al menos a la Yugoslavia Serbia y la descomposición eslovaca desconfianza en la unión con los checos. Tras la segunda guerra mundial la ideología nacionalista y su praxis política variaron sustancialmente.

Entre las demandas nacionalistas anteriores a la primera guerra y las de mediados del siglo hay muy escasas afinidades a pesar de que en ocasiones su presentación discursiva sea casi idéntica. Durante los años 40 y 50 proliferaron los nacionalismos en lo que comenzó a conocerse como tercer mundo los territorios coloniales dominados hasta ese momento por los imperios europeos. Las reivindicaciones nacionalistas de los líderes de estos territorios en busca de la independencia utilizaba un lenguaje nacionalista a menudo con abundantes influencias del marxismo staliniano pero salvo en casos puntuales el territorio que alcanzaba la liberación nacional distaba de poder ser considerado una nación tal y como hasta ese antes de la guerra se había conceptualizado.

Curiosamente los líderes nacionalistas atacaron las múltiples identidades étnicas religiosas o culturales que hubieran podido servir para una identificación nacional y lo hicieron con el argumento de que eran obstáculos para la consolidación de una conciencia nacional. Esto hizo que a pesar de su deseada vinculación al nacionalismo de raíz europeo estas independencias no las consiguieran las naciones sino los estados embrionarios surgidos de las anteriores demarcaciones coloniales. Los procesos de descolonización dieron lugar a la creación de casi un centenar de nuevos estados en la inmensa mayoría de estos no existía una conciencia previa de nación y aunque las autoridades se han esforzado por crearla y en ocasiones han combatido sangrientamente todo lo que pudiera oponerse a la identificación oficial lo cierto es que en muchos de estos nuevos estados la diversidad étnica tribal religiosa cultural o idiomática han impedido la identificación de una mínima identidad protonacional lo que ha ocasionado y sigue haciéndolo graves problemas para la estabilidad de los estados respectivos.

Con la caída del bloque socialista se han vuelto a presentar en la vieja Europa las cuestiones nacionalistas. No sólo la desaparición del liderazgo soviético y el pacto de Varsovia explican la exposición nacionalista de los 90 en Europa. Habría que añadir las tiranteces en la construcción de la Unión Europea, la crisis económica, la creciente homogenización cultural debido a los medios de comunicación y entretenimiento y en última instancia y más importante en el mismo cuestionamiento de la idea de Estado.

La principal característica de esta ola independentista está en la dinámica de los movimientos nacionalistas triunfantes. Simplificándolo mucho, ésta ha sido la construcción de más nación pero además la constitución sobre todo de más Estado, más pequeño, más monolítico y por ello más omnipresente. La segunda característica ha sido la virulencia del estallido nacionalista y su rápido triunfo.

La descomposición de la antigua Unión Soviética no sólo ha deparado la independencia de sus provincias bálticas, Estonia, Letonia y Lituania, sino también de Ucrania, Bielorrusia, las repúblicas caucásicas Georgia, Azerbaiyán y Armenia y las repúblicas musulmanas de Asia. Un triunfo de nacionalismo excluyente fue la división de Checoslovaquia en 1993 pero sin duda el conflicto más trascendental fue la descomposición de Yugoslavia en Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Montenegro y Macedonia, cuyas respectivas independencias han corrido muy diversa suerte, así como su reconocimiento exterior. Con todo, la más dramática ha sido la de Bosnia-Herzegovina, que ha deparado una guerra civil con importante implicación exterior, dada la multiplicación de cruces culturales, religiosos y étnicos de la nueva república, lo que hizo que buena parte de ella se identificara más con las vecinas Croacia o Serbia que con el estado nacido en su territorio.

Es decir, la guerra de Bosnia no ha sido causada por la presencia de un fuerte nacionalismo, sino todo lo contrario, por la ausencia de nacionalismo en la constitución del nuevo estado bosnio. Pasamos ahora a hablar del imperialismo. En analogía con el nacionalismo, el imperialismo es una modalidad del sentimiento patriótico vertido hacia el exterior del estado-nación.

Eso, desde luego, en la definición más romántica y positiva, dándole a estas palabras su significado más popular. Hasta la edad contemporánea existieron numerosos imperios, pero no un pensamiento y una práctica imperialistas, tal como se puso en práctica durante el último tercio del siglo XIX e inicios del XX. Los grandes imperios de Egipto, Alejandro Magno, Roma, Carlo Magno, el romano germánico o el español, fueron expansiones territoriales cuyos territorios se incorporaban al núcleo primigenio, llegando en ocasiones, como en los imperios romano y español, a establecer una igualdad jurídica entre todas las partes de ese imperio.

Las transformaciones en el pensamiento político contemporáneo y la culminación del estado liberal y nacionalista modificaron las bases expansionistas de estos estados hasta determinar las nuevas modalidades de dominio territorial y explotación de sus recursos. Las principales diferencias con los modelos anteriores y el imperialismo colonial eran la identificación de dos partes bien diferenciadas. Por un lado la metrópoli, el estado-nación que practicaba el imperialismo, y por otro los territorios dominados, usualmente conocidos como colonias, que en ningún momento llegaban a identificarse con la anterior.

La segunda gran diferencia era la total dependencia política de las colonias respecto a la metrópoli, que utilizaba este control para realizar un aprovechamiento exhaustivo de los recursos materiales y humanos de sus colonias. Si bien se había dado sus inicios

anteriormente, durante el último cuarto del siglo XIX la expansión europea se desarrolló a un ritmo vertiginoso, alcanzando literalmente hasta el último rincón del planeta. ¿Qué circunstancias se concatenaron para que se produjera semejante fenómeno centrípeto? En primer lugar existía una base ideológica que sustentaba esta expansión, depurándola hasta presentarla como una misión providencial.

Tal creencia se basaba en factores tan diversos como la absoluta confianza en el desarrollo cultural y material europeo, la expansión de iglesias reformistas con un alto nivel de proselitismo, la formación de las primeras teorías racistas o el mero interés científico por las zonas todavía no exploradas del planeta. Todos estos factores, unidos a presupuestos nacionalistas, conformaron la creencia en la misión providencial del hombre blanco, cuyo objetivo era el conocimiento, dominio y educación de todos los hombres y tierras del planeta. Misión que era entendida tanto más beneficiosa para los que se conocía como gentes y pueblos no civilizados.

Existiendo esta base ideológica era necesario un excedente poblacional para realizar la expansión colonial. La revolución demográfica había multiplicado exponencialmente la población europea. Dada la diferencia entre la oferta y la demanda de mano de obra, esa fuerza laboral excedente debió buscar fuera de sus respectivos países el trabajo.

Una gran parte de esta población utilizó la emigración a los jóvenes países americanos, estados aún en formación y con necesidad de colonizar todo su territorio. Otra parte importante siguió vinculado a su país de nacimiento pero emigrando a los nuevos territorios, siendo por tanto agentes coloniales en los nuevos dominios. Pero además de una considerable e imprescindible fuerza humana, se necesitaban unas economías potentes para hacer frente a los ingentes gastos que suponía la edificación de un imperio.

Las razones económicas que explican la expansión colonial finisecular han sido muy debatidas. La interpretación marxista del imperialismo contempla esta expansión como la fase culminante y por tanto última del capitalismo. El enfrentamiento consiguiente entre las grandes potencias coloniales conllevaría a su autodestrucción y con ella a la del sistema capitalista.

Independientemente de lo acertado de tales vaticinios, hoy en día la interpretación de la expansión colonialista atiende a una motivación más externa y, como estamos viendo, a un cúmulo de factores y circunstancias que desbordan el mero marco económico. Pero por supuesto también éste tiene su importancia. En concreto el desencadenante de la necesidad expansiva fue el resultado del conflicto entre el liberalismo y el proteccionismo.

Tras la crisis internacional de principios de los 60 se extendió por toda Europa la implantación de tarifas proteccionistas que ayudaran a sostener las respectivas industrias nacionales levantadas en el último medio siglo. Esto produjo una fuerte competencia internacional que se transformó en la ampliación de los hasta entonces reducidos territorios de exclusividad económica. Los que hasta ese momento habían sido dominios puramente teóricos y sin una

demarcación establecida, apenas asegurados por la presencia de factorías de comercio primario con los aborígenes, fueron convertidos en verdaderas colonias de donde extraer abundantes materias primas y donde colocar inversiones de los capitales nacionales excedentes.

Por último, además de una base ideológica, unos excedentes demográficos y unas necesidades económicas, la expansión colonial se debió a unos factores políticos muy determinados. Aquí se encuentra el punto de conexión entre este y el anterior tema de estudio. Fueron los nacionalismos de los respectivos estados los interpretadores de la voluntad expansiva de los pueblos, además de encontrar en el imperialismo una base de prestigio tanto para el consumo interno como para el concierto internacional.

Así se percibe en el caso de Francia, que tras la humillante derrota ante Prusia en 1870-71 encontró en la expansión imperial el medio para reafirmar su identidad nacional, o en el caso de Gran Bretaña, cuyo esplendor económico e industrial pensó que debía haberse materializado en la conformación de un imperio. Ideas semejantes fueron presentadas por el resto de los estados europeos con pretensión colonial. Holanda apelaba a la necesidad del comercio exterior dadas su reducido territorio nacional, idea muy similar a la mantenida por Bélgica.

Alemania, que ya ocupaba un lugar privilegiado en Europa, no podía quedar al margen del movimiento colonial internacional. Italia pretendía reverdecer los laureles imperiales romanos e incluso Portugal y España, ya en crisis gran parte del imperio del primero y perdido casi por completo el segundo, reivindicaban su primogenitura en la expansión europea moderna. La fase álgida de la expansión del imperialismo colonial europeo se produjo entre los años 1870 y 1914.

Tuvo tres amplios escenarios geográficos y dos periodos diferenciados. Durante las dos primeras décadas se produce una paulatina ampliación en extensión y número de los enclaves costeros que las potencias europeas tenían en África, Asia y Oceanía. Ya en los años 90 se entra en un nuevo periodo realizando una planificación sistemática y alcanzando a las distintas potencias acuerdos para el reparto de los territorios aún no ocupados.

La diferenciación geográfica, el número de colonos blancos y sobre todo la organización política previa a la colonización hizo que se aplicaran diferentes modelos coloniales en los tres escenarios. En el África Negra, con unas estructuras políticas tribales y excepto en puntos determinados una escasa presencia de colonos blancos, se impuso un colonialismo de explotación con unos territorios administrados por representantes de las autoridades metropolitanas cuyos únicos objetivos eran la explotación de las materias primas y de la mano de obra indígena. En Asia, también con poca presencia de colonos blancos pero con unas estructuras políticas consolidadas, se realizó el establecimiento de protectorados cuyos gobiernos indígenas fueron respetados pero hechos totalmente dependientes de las decisiones metropolitanas y en ocasiones con autoridades coloniales superiores que unificaban

numerosos sultanatos o principados locales en una entidad superior es el caso sobresaliente del virreinato de la India.

En Oceanía, especialmente en Australia y en Nueva Zelanda, sin ninguna estructura política previa y con una gran presencia colonial blanca, se siguió el modelo canadiense de dominio o colonia de poblamiento donde se reprodujeron las estructuras sociopolíticas de la metrópoli y disfrutaron de una amplia economía. El proceso expansivo colonial es recogido sucintamente en el libro y el manual recomendado. El sistema colonial europeo permaneció inalterable hasta finalizada la segunda guerra mundial.

Desde finales de los años 40 a mediados de los 60 se produjo un rosario de independencias que, basadas en el principio de las Naciones Unidas del derecho de autodeterminación, propiciaron la aparición de casi un centenar de nuevos estados. Sin embargo, se produjeron dificultades en su constitución y en la viabilidad de estos nuevos estados y persistieron prácticas imperiales, ahora bajo el manto del colonialismo. Pero esto es ya otra historia y la explicaremos otro día.

Gracias. En este tema se han desarrollado el surgimiento y evolución de dos de los más importantes ideologías contemporáneas, el nacionalismo y el imperialismo. Se han estructurado las causas que permitieron la expansión colonial europea y las ideas políticas que las sustentaban y se ha puesto especial énfasis en el análisis de la evolución nacionalista.

Desde su surgimiento con el pensamiento ilustrado a la actual eclosión de los nacionalismos en Europa, en buena medida como consecuencia de la desaparición del bloque socialista. Hemos llegado al final de nuestro tiempo. Gracias por su atención y muy buenas noches.

Y hasta aquí la programación de la UNED. Pero antes de despedirnos, un avance de la programación de mañana. Comenzaremos a nuestra hora habitual, ocho y media de la noche, siete y media, en la Comunidad Canaria con el programa de formación del profesorado.

Continuaremos con Ingeniería Técnica de Informática y la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. El curso de acceso nos llevará hasta las once de la noche. Gracias por su atención y feliz descanso.